

LA CASA REAL EN PORTUGAL (1580-1621), DE FÉLIX LABRADOR.

**Nota por Fernando Suárez Bilbao.
Instituto de Historia de la Intolerancia.**

Los esquemas teóricos que los historiadores han venido construyendo para explicar el desarrollo del denominado Estado Moderno a los largo de los siglos pasados, sobre el presupuesto de una racionalización progresiva e ininterrumpida del poder estatal, se han mostrado incapaces de dar cuenta ordenada de la realidad político-social de la edad Moderna, porque, a las espaldas de ese poder único y exclusivo que los investigadores nos han querido inculcar, rápidamente se proyecta la imagen de un juego de poderes diversos, que nos impide toda pretensión de abstraer e impersonalizar al Estado.

Frente a la interpretación del Estado Moderno como proceso en el que se logra una entidad racional situada por encima de la sociedad y en la que reside el poder, se ha reconocido, recientemente, por influencia, fundamentalmente, de la historiografía italiana, un papel relevante a los contenidos de la filosofía práctica aristotélica del *pater familia* como elemento fundamental que caracterizó el saber ético y político de la edad Moderna, como resultado de la tendencia del individuo a una sociabilidad, que desde la familia, se extendía, por razones históricas y funcionales, a las formas de convivencia política más complicadas. Estas nuevas formas, no solo se diferenciaron de las anteriores por el incremento de las necesidades, lo que dio origen a respuestas institucionales, sino también, por una precisa definición del saber político; pues, en el gobierno del reino, la actividad política jurisdiccional fue lo que prevaleció.

Este modelo no es inamovible, sino que se va modificando lo que permite estar vigente desde la baja edad Media hasta finales del siglo XVIII. En este contexto, nuevas instancias de poder, que habían pasado en cierto modo inadvertidas, como la corte y la casa real, se

convierten en objeto de atención por parte de los historiadores y se analizan como modelo de organización política que articuló las Monarquías europeas durante la edad Moderna.

En estos nuevos planteamientos, donde destacan en el ámbito hispano los trabajos del profesor Martínez Millán y su grupo en la Universidad Autónoma de Madrid, así como los estudios, desde metodologías un poco diferentes, de los profesores Salazar y Acha, Barrios Pintado, Fernández de Cordova Miralles y Gómez Centurión, entre otros, se inserta el magnífico trabajo del profesor Labrador Arroyo: *La Casa Real en Portugal (1580-1621)*, en donde analiza la incorporación de la Corona de Portugal a la Monarquía Hispana atendiendo al papel de la corte y la casa real portuguesa desde el periodo bajomedieval hasta la muerte del cardenal-rey don Enrique, en 1580, así como el lugar que la misma jugó durante los reinados de los dos primeros monarcas hispanos.

Tras analizar, en una primera parte de su trabajo, los debates y las pugnas cortesanas que en la corte de Madrid existieron sobre la manera en la cual se debía de incorporar el reino de Portugal y sobre el papel que debía de tener la casa real portuguesa, en una segunda parte analiza la organización y estructura de la Casa portuguesa a través del análisis de los diferentes departamentos que la componían: capilla, cámara, oficiales de la casa y mesa, caballeriza, guardas y caza, realizando un concienzudo estudio de los diferentes oficios, tanto mayores como menores, y de las personas que los desempeñaron. Como señala en su bien documentado estudio, Portugal, como todo reino independiente dentro de la Cristiandad, fue creando su propia organización cortesana durante la edad Media, estructurada en torno a la casa real, la cual se fue codificando e institucionalizando con el paso de los años y en la que se integraron las diferentes elites del reino, las cuales apoyaron y fundamentaron el poder del príncipe por encima del resto, ya que la Monarquía les aportaba los fundamentos divinos y legales lógicos que justificaban y respaldaban su preeminencia sobre el conjunto de la sociedad. Esta casa real portuguesa se fue engrandeciendo a lo largo de los siglos XIV y XV debido, fundamentalmente, a las rentas que se recibían de la expansión ultramarina, primero en las islas Atlánticas y más tarde en el Norte de África. La casa real y la *Curia Regis*, como indica, aumentaron su importancia y se transformaron con el fin de poder

integrar a todos los grupos de poder del reino dentro de su influencia, articulando la sociedad a través de una serie de relaciones de poder no institucionales. Las rentas que la corona recibían permitió a la corona, sobre todo a Manuel I y a Juan III integrar en su casa y en el servicio de los diferentes miembros de su familia, a la práctica totalidad de las elites lusas (en 1530 se alcanzaron los 5000 servidores).

Pero, como destaca en este estudio el profesor Labrador, el sistema comenzó a entrar en crisis a mediados de la década de los años 50 y a la muerte de don Sebastián la situación era francamente difícil. En este sentido, la unión con la poderosa Monarquía Hispana y la integración de las elites portuguesas en la casa de Borgoña o en el entramado institucional filipino podrían solucionar este problema. De este modo, según la hipótesis del profesor Labrador, gran parte de las elites portuguesas decidieron su unión con la Monarquía de Felipe II.

En una tercera parte, analiza el papel de la corte portuguesa desde la salida del Rey Prudente de Lisboa en 1583 hasta la celebración de la jornada de Felipe III en 1619. En este interesante apartado demuestra como la ausencia prolongada del rey o de un miembro de su familia alteró sustancialmente la situación existente a pesar de mantenerse una continuidad con el pasado. Las elites portuguesas percibieron como el sistema político, basado en el clientelismo que se derivaba de la filosofía práctica aristotélica, que integraba la sociedad portuguesa, se estaba transformando. La privación física de la figura del monarca o de un miembro de su propia familia agudizó las ausencias crónicas de las elites de la corte de Lisboa. La corte portuguesa dejaba de cumplir la función político-social de construcción de la Monarquía, lo que provocó el alejamiento de las elites del reino, bien a la corte castellana, bien a sus dominios.

La Jornada real a Portugal, llevada a cabo en el verano de 1619, puso de manifiesto el desencuentro que se había abierto entre las elites portuguesas y el gobierno central de la Monarquía, pues, no solo se había producido el deterioro de la organización política de la Corona portuguesa al intentar mantener cohesionado un reino desde la casa real con ausencia del rey sino que además se constituyó en Castilla un nuevo modelo de servicio real que definía a toda la Monarquía, típicamente hispano, con una etiqueta específica de su casa, que aparecía en el horizonte con pretensiones de universalidad

del que quedaban relegadas las elites de los reinos en el gobierno de la Monarquía y de las mercedes concedidas por el rey,

Por último, se presta atención de un modo sistemático a la integración de las elites portuguesas en la Casa Real: nobleza, estamento eclesiástico, militares, comerciantes, etc. Finalmente, cabe destacar el trabajo prosopográfico realizado en los diferentes archivos y bibliotecas portuguesas y españolas que ha permitido dar a conocer, en el CD que acompaña la obra, de las biografías de los más de 5000 servidores que el profesor Labrador Arroyo ha conseguido localizar en el transcurso de su investigación y que permitirán aumentar el conocimiento que sobre el Portugal de finales del siglo XVI y comienzos del siglo XVII tendrán los historiadores.

Por todo ello, podemos señalar que la magnífica obra *La Casa Real en Portugal (1580-1621)* es una contribución original, que aporta una hipótesis novedosa sobre la unión de las coronas portuguesa y castellana en 1580 así como sobre el papel de la corte y la casa real lusitana durante los primeros siglos de la edad Moderna, temática poco estudiada pero que consideramos fundamental, abriendo nuevas miras al mundo de la historia moderna.